



CAPÍTULO UNO

Mamá no vino. No debería sorprenderme, nunca viene, pero no puedo sacarme de encima la sensación de vacío y el nudo en el estómago. Emery siempre dice que estar sola no es lo mismo que ser solitaria, pero a veces se siente como si fueran *exactamente* lo mismo.

La tetera con forma de sirena descansa en el estante frente a mí. Con el dedo jugueteo con la cinta violeta que le cuelga del pico. Cuando la hice en la clase de cerámica hace dos meses, era colorida y suave. Ahora no puedo dejar de pensar que el esmalte azul se ve gris en vez de cerúleo, que el torso es demasiado largo y en que pésima idea tuve de hacer una tetera en forma de sirena.

No importa que la cinta diga “Mención de honor”. Yo solo veo “No es lo suficientemente buena como para entrar en Prisma”. Mamá solo vería “No es lo suficientemente buena”.

Tal vez debería estar contenta de que no esté aquí.

Quito la cinta del pico y la meto en mi bolso, donde queda enterrada debajo de un cementerio de lápices casi usados del todo, un cuaderno de bocetos y un paquete de goma de mascar de canela.

Oigo risas, y cuando levanto la vista veo a Susan Chang —la única otra chica que es mitad asiática en la escuela— que aferra una cinta azul y dorada como si tuviera miedo de perderla. La madre le pasa el brazo por encima de los hombros, y el padre está señalando su cuadro pintado con pintura acrílica: una imagen de una casa junto a un lago, y varios gansos rozando el agua con las patas. Es una obra sensata. A todos les gusta.

No como mi estúpida tetera en forma de sirena.

Si no fuera porque en este momento solamente puedo sentir pena por mí misma, me pondría contenta por ella. Siempre he sentido una conexión extraña con Susan, aunque no somos amigas y lo único que tenemos en común es nuestra parte asiática y el amor por el arte. Supongo que siempre pensé que *podríamos* ser amigas, si alguna de las dos hubiera hecho el esfuerzo.

No es que esté desesperada por tener amigos ni nada por el estilo. Es decir, *tengo* amigos. Tengo a Emery Webber, que me rescató de tener que almorzar sola el primer día del secundario. Y están Gemma y Cassidy, que técnicamente son amigas de Emery, pero todas nos sentamos en la misma mesa para almorzar así que creo que cuentan.

Una vez también tuve un mejor amigo. Del tipo que se ve en las películas o en los libros. Vivíamos en un mundo distinto al del resto, un mundo que siempre tenía sentido, incluso cuando todo alrededor nuestro no.

Éramos como dos mitades de un copo de nieve: encajábamos.

Pero se mudó, y desde entonces soy medio copo de nieve.

La realidad es que no soy muy buena para hablar con gente nueva. No soy muy buena para hablar con gente, *punto*.

Y, de todos modos, lo que necesito no es un amigo. No en este momento, cuando prefiero pintar a intentar encajar con los demás. Necesito una mamá que no me mire como si fuera un mueble usado que no combina con el estilo de la casa. Necesito empezar de nuevo. Necesito una vida de verdad.

Necesito a *Prisma*.

Pero una cinta violeta no me hará entrar en la Escuela de Arte Prisma en Nueva York. Y, sin lugar a dudas, no hará que mamá se sienta orgullosa.

Siento una presión en el pecho, y trato de pensar en qué le diré cuando llegue a casa.



Mamá está en el sofá pintándose las uñas de rojo brillante y tiene una revista de chismes sobre las rodillas. No me mira, y definitivamente no mira la tetera que tengo en las manos.

—¿Qué tal estuvo la escuela? —pregunta a miles de kilómetros de distancia.

—Bien —respondo. Me acomodo el bolso sobre el hombro. Quizás se olvidó de la muestra de arte, aunque se lo recordé esta mañana. Y ayer. Y cada día durante tres semanas. Pero tal vez estuvo ocupada y se olvidó. Tal vez le surgió algo.

Se pone otra capa de esmalte color rojo manzana acaramelada sobre la uña del dedo gordo.

Siento que se me hace un nudo en el estómago, y otro, y otro más.

Mi hermano mayor, Taro, entra a la cocina. Tiene puesta una camiseta gris y roja con el logotipo de la Universidad de Nebraska al frente, y gafas demasiado grandes, aunque las lentes no tienen prescripción. En la mano izquierda tiene medio emparedado de mantequilla de maní y mermelada.

—Mamá, no hay nada de comer en esta casa.

Es brusco, porque no sabe cómo hablar de otra manera.

Mamá aparta un rizo rubio con la mano, y entrecierra los ojos, divertida.

—Hay un almacén a la vuelta de la esquina. Sabes conducir.

Taro deja escapar un sonido que parece ser de una vaca malhumorada.

—¿Y dónde estabas *tú*? —dice, volviéndose hacia mí.

Mamá aparta la mirada. Siento que es a propósito.

—Mi muestra —digo, lo suficientemente alto como para que me oiga mamá. Podría mentir. Podría decirle que gané el primer premio, podría hacer que mi premio suene mejor de lo que es. Quizás así me prestaría atención. Quizás me escucharía—. Gané algo.

Taro mira a mamá, luego a mí, y luego a mamá de nuevo. Se lo ve tan incómodo como a mí.

—Qué bien —murmura, masticando su emparedado mientras se dirige al refrigerador.

Pienso en mi cinta, enterrada al fondo del bolso. Jamás querría verla. Jamás me pediría que se la muestre. ¿Y si le digo que es azul y dorada?

Suspiro. No le puedo mentir, por más que deseo desesperadamente que le importe. No serviría de nada. Mamá no me mira como los padres de Susan Chang la miran; lo hace como si estuviera fuera de lugar. A veces pienso si será porque no luzco para nada como ella.

Tengo pelo oscuro, cara ancha y piernas cortas. Mamá es rubia y tiene pelo ondulado, y piernas de supermodelo. Somos *diferentes*, como si existiéramos en planos distintos. Si yo viviera en un iceberg, mamá viviría en el interior de un volcán. Algo por el estilo.

Pero la mayor parte del tiempo me mira como si *quisiera* que me sienta fuera de lugar.

Quizás es por lo que pasó con papá. Creo que siempre me he sentido culpable por eso, aunque mamá *debería* haberme hecho caso.

¿Por qué, después de diecisiete años, todavía deseo tanto tener su aprobación? No tengo idea. Es una estupidez, pero no lo puedo evitar. Quien sea que haya programado mi personalidad me hizo demasiado complaciente. Quien sea que haya programado a mamá... Bueno, todavía no entiendo eso muy bien.

—Mamá, ¿viste la tetera de Kiko? —pregunta Taro por encima de mi hombro, porque no se puede contener. A veces no sé si cree que los enfrentamientos son divertidísimos, o si piensa que, a su manera prepotente, me está ayudando.

Ella alza la vista y deja ver sus dientes blanqueados con peróxido.

—Bueno, ¿qué ganaste?

No se olvidó de mi muestra de arte, pero tampoco admitirá que no quería ir. Fingirá que no es importante, aunque para mí era *muy* importante.

—Una cinta, nada más —digo, con la cara encendida.

Aparece una grieta en su sonrisa de cristal.

—¿Qué, una cinta por participar? Sabes que eso no es un premio de verdad, ¿no?

No me pide verla; se ríe como si fuera una broma inofensiva, como si yo también estuviera bromeando. Excepto que mamá no se ríe

como una persona normal. Se ríe como si si estuviera burlándose en secreto del mundo entero. Eso es lo que la delata. Por eso sé que todo lo que está diciendo es en serio.

Aprieto los labios. Tal vez debería haberle hecho caso al señor Miller y haber presentado uno de mis cuadros para la muestra. Tal vez así me hubieran dado a mí el primer lugar en vez de a Susan Chang.

Siento un nudo en la garganta. *Jamás* presentaría un cuadro en una competencia escolar para que todos lo vean. Son demasiado valiosos para mí. Siento que son fragmentos reales de mi alma.

—Hablando en serio, ¿alguien va a hacer algo de cenar? Me estoy muriendo de hambre —dice Taro, y cierra la heladera con un gruñido.

—Terminas la universidad el año que viene, ¿por qué no cocinas *tú* algo por una vez? —replica ella, poniéndole la tapa a la botella de esmalte—. Sería lindo que alguien cocinara para *mí* alguna vez.

LO QUE QUIERO DECIR:

—He preparado la cena al menos dos veces por semana todas las semanas desde el año pasado. ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta?

LO QUE DIGO:

—Hice espaguetis hace unos días.

—Creo que hervir unos fideos en una olla no califica como “cocinar” —se ríe, y le hace una cara a Taro como pidiéndole que esté de acuerdo con ella.

Perdiendo el interés por mamá, yo y la tetera de la que ya se ha olvidado por completo, Taro se clava el resto del emparedado en la boca y lo traga.

–Olvídenlo. No tengo hambre –agrega.

–Son tan vagos –dice mamá, poniendo los ojos en blanco. Yo siento como si alguien me hubiera arrojado sal en los míos.

No importa que me haya sacado puros dieces desde séptimo curso, que trabaje casi a tiempo completo en la librería, que esté trabajando muchísimo en construir un porfolio artístico que me ayude a entrar a Prisma. Nunca hago lo suficiente para que mamá esté contenta. Nunca nota cuánto lo intento, cuánto me importa, o que tal vez nada más necesito que me reconozca algo de vez en cuando. Y no solamente cuando le conviene.

–Me voy arriba. Tengo que irme a trabajar en una hora –murmuro.

–¿Quieres una porción de budín antes de irte? Compré un budín en la tienda. Es tu preferido, ¿verdad? –la voz de mamá rezuma dulzura.

Me estremezco, y hago una pausa antes de dar el primer paso. Algo me tirona en el pecho, como si tuviera un anzuelo clavado en el corazón y las palabras de mamá me fueran atrayendo hacia ella.

–No tengo hambre. Pero gracias –respondo.

–Está bien. Bueno, te guardaré una porción para que la comas cuando vuelvas a casa –dice, y sonrío con tanta naturalidad, como si fuera así todo el tiempo.

No lo es, pero a veces hace que sea muy difícil recordarlo.



Pinto a una chica con pelo blanco perdiéndose en un bosque de árboles blancos, con estrellas que explotan en el cielo y parecen un cristal quebrándose. Si no sabes dónde buscarla, es probable que ni la veas.